

Edgar Neville

Pionero del hockey sobre hielo, diplomático haragán, voluntario en la Guerra de África, conde con inclinaciones republicanas, espía de los insurgentes durante la Guerra Civil, escritor de filiación vanguardista, renovador del teatro de posguerra, cineasta de culto... La poliédrica personalidad de Edgar Neville ha fascinado por igual a los investigadores y a los aficionados, especialmente a aquellos que se aproximaban a su singular obra cinematográfica. Su esquiva biografía, preñada de enigmas y hábilmente reescrita por el propio Neville tras su controvertida actuación durante la Guerra Civil, ha lastrado sin embargo el conocimiento de su cine, limitado, en el mejor de los casos, a las cinco o seis películas más conocidas (y por extensión más apreciadas) de su rica filmografía.

Su peripecia vital, en todo caso, tiene interés por sí misma. Neville se distinguió, a lo largo de toda su vida, por estar siempre en el meollo de los principales movimientos artísticos y culturales, siempre en contacto con las figuras más relevantes de su tiempo. Su linaje nobiliario, su condición de madrileño, esencial para entender su obra y su propia personalidad, y el hecho de crecer en paralelo a la propia ciudad, que tras la Gran Guerra se desperezó hasta transformarse en una gran capital europea, facilitaron de hecho su penetración en los círculos artísticos más exclusivos y relevantes de la urbe. Neville fue uno de los privilegiados “robinsones poéticos”, que diría Ortega, que poblaron la Sagrada Cripta de Pombo presidida por el sin par Ramón Gómez de la Serna. Pero también fue amigo personal del autor de *La deshumanización del arte*, de quien aprendió a valorar la rica herencia cultural y artística española. Durante su trayectoria vital, Neville se fue cruzando con los principales creadores e intelectuales del país, y de todos ellos aprendió algo. Federico García Lorca, Luis Buñuel, Ernesto Giménez Caballero, Wenceslao Fernández Flórez, Carlos Arniches, Manuel Azaña, Miguel Mihura, Enrique Jardiel Poncela, José López Rubio, “Tono”, José Gutiérrez Solana, Salvador Dalí, Dionisio Ridruejo... De algún modo, la biografía de Neville es una certera radiografía de unos de los momentos más brillantes de la cultura española. Pero además, el madrileño fue también testigo de excepción de uno de los momentos más cruciales de la Historia del Cine: la transición del mudo al sonoro, que Neville vivió en el mismo Hollywood.

En su doble etapa americana entre 1928 y 1931, el madrileño trabó amistad con la élite de la industria, especialmente con Charles Chaplin y Douglas Fairbanks, y llegó a colaborar profesionalmente con figuras de referencia como Ernst Lubitsch e Irving Thalberg. Un aprendizaje que sería crucial para entender su obra cinematográfica.

Porque esta convulsa y en ocasiones esquiva trayectoria vital marcó a fuego la filmografía de Neville. Durante la Segunda República, el madrileño se reveló como una de las principales promesas del cine nacional, con una trascendente participación en *La travesía molinera*, de Harry d’Abbadie d’Arrast, la joya perdida de la cinematografía republicana, y una serie de películas y cortometrajes ciertamente valorados por la crítica de la época.

La Guerra Civil frenó la progresión del cineasta, que entre 1936 y 1941 orientó toda su producción literaria y cinematográfica a purgar su pasado político y hacerse un hueco en la “Nueva España” del general Franco. Pero ya en la posguerra, y especialmente tras su esencial medimetraje *Verbena*, alcanzó Neville una madurez como cineasta que le permitió integrar de manera natural y equilibrada todas las influencias que había ido absorbiendo durante su trayectoria vital.

Así, el cine de Neville se define por la fusión entre un marcado espíritu vanguardista, que asimila bajo la tutela de Ramón Gómez de la Serna; un casticismo asentado en la más arraigada herencia cultural española, filtrado por Ortega y Gasset y que se refleja en su obra en unos

invariantes reconocibles; y una sumisión a los esquemas del cine clásico de Hollywood, que sirven de argamasa para integrar las otras vías de influencia.

Pero además de poseer un estilo propio y definido, Neville destaca por su capacidad para integrar las innovaciones del panorama cinematográfico internacional, para evolucionar en paralelo, y no detrás, del cine de Hollywood. Algo que logró por su conocimiento del medio y por su contacto permanente con cineastas foráneos, como Jean Cocteau o George Cukor. Un cineasta, este último, a quien incluso remitió una versión en inglés de *La vida en un hilo*, retitulada como “Life”, con el evidente objetivo de producir una adaptación hollywoodiense.

Este contacto con el exterior, este “estar al día” del que hacía gala Neville, le permitió erigirse en una auténtica vanguardia local, lo que unido a su singular y unívoca propuesta cinematográfica influyó de manera decisiva en la obra de otros cineastas de relieve de generaciones posteriores, singularmente Fernando Fernán-Gómez y Luis García Berlanga. Pero además también le permitió anticipar el trayecto que habría de seguir la cinematografía nacional para alcanzar la modernidad.

Christian Franco Torre, autor del libro *Edgar Neville. Duende y misterio de un cineasta español*, Ed Shangrila, Santander, 2015.